

Cuando la pesada puerta del hotel de Farges se cerró tras de él, Solignac solo tuvo un pensamiento.

—¿Volveré pronto á ver á Luisa?

No era solamente un raudal de su sangre lo que dejaba en aquella morada de la calle de Mont-Blanc, era una parte de su corazón.

II.

Bernardo Thévenot.

El comandante Riviere, durante las dolorosas semanas que habia pasado Solignac, permaneció en su refugio de la calle Neuve-Saint-Jean. El coronel Thévenot le habia enviado á decir por Chambaraud, que la menor imprudencia podia poner sobre la pista del fugitivo, á la policía de Fouché. *Varus* ofreció al comandante los medios para salir de Paris y ocultarse en alguna quinta de los alrededores ó trasladarse á América con un pasaporte supuesto. Pero Claudio Riviere no queria sustraerse á los peligros que corria, formaba parte de una asociacion de patriotas y esperaba seguir la suerte de sus compañeros, triunfar ó perecer con ellos.

—Mi presencia en Paris puede ser útil—contestó.—¡Aquí me quedo!

En vano el viejo Juan Riviere habia tratado de modificar las resoluciones de su hijo. El comandante no cedió.

—¡Quieres más á la política que á mí!—repetía el antiguo mercader de paños meneando la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

cabeza.—¡Ah! ¡Cuando á los hombres se les pone una cosa en la mollera! ¡En fin... paciencia!

Y el buen hombre confiaba en que el destino le conservaría su hijo.

Chambaraud iba también con frecuencia á ver á Claudio Riviere. Para no despertar sospechas no menudeaba demasiado sus visitas. El convencional estaba acostumbrado á la prudencia. El comandante y él nunca hablaban de Teresa; como si la pobre mujer no existiese. Existen esa especie de muertos vivientes, cuyos nombres no se pronuncian por miedo de evocar, no una fantasma, sino un dolor.

En cambio, Riviere pedía á Sylvan Chambaraud noticias del emperador.

—El reina y los hombres mueren—contestaba el convencional, como para indicar que la nación seguía su destino y que nada se podía cambiar.

Chambaraud, en efecto, seguía dejándose suavemente guiar, de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, por esa filosofía tranquila y algo epicuriana de que hacía profesión y que, en él era cuestión más bien de costumbre y voluntad que de temperamento.

—Julia,—decía todos los días,—ya han pasado los meses malos, estamos en setiembre. La vendimia llega y la caza enseña las patas ó las plumas.

Al fin voy á experimentar algún pequeño placer en la vida. Los pequeños placeres, Julia, son el consuelo de las gentes que han renunciado á encontrar la felicidad.

Las uvas, los melocotones y las primeras otras que Chambaraud no hallaba nunca bastante frescas ni gordas, formaban parte de estos pequeños placeres. El antiguo convencional, mientras pelaba un melocoton y lo sumergía en una copa de Burdeos azucarado, recitaba y luego traducía los versos latinos de la escuela de Salerno:

*Persica cum musto vobis datur ordine justo
Sumere. Sic est mos nucibus sociare racemos.*

—Lo que quiere decir, Julia:

*Así como mezclais las nueces y las uvas
Al melocoton debeis reunir el vino dulce.*

—Sí, sí, ya os comprendo—decía la cocinera.

—Sin, embargo, aunque en todos esos librotos que hojeais habeis aprendido mucho de cosas de cocina, quisiera yo haber visto á vuestro Voltaire, á vuestro Rousseau, y ¿á quien más?... A vuestro señor Diderot, obligados á freirse solamente una tortilla.

—¡Cada cual á su oficio!—contestaba Chambaraud riendo.

La risa de Chambaraud no era ni profunda ni alegre. Siempre que se acordaba de Teresa, fruncía las cejas, y, como hombre del siglo XVIII acostumbrado á buscar las causas materiales de los hechos humanos, pensaba:

—Su carácter es ardiente, y romántico, como, el de su madre, que era griega. Los franceses nunca deberían casarse sino con francesas.

El patriota algo limitado, pero resuelto de la Convencion, se retratataba en este último pensamiento. Chambaraud mitigaba su mal humor sacando de un incidente particular conclusiones generales, ó bien añadia:—¡lo mejor sería no cársese! ¡Es más sencillol

Estas reflexiones ayudaban á Chambaraud á pasar el tiempo, que se hacia largo, en el viejo hotel de la calle de Postas. Los días se sucedian, tan monótonos para el antiguo convencional, como sombríos para el comandante Rivière, solo y esperando incesantemente el momento de la lucha.

Para ocupar sus momentos de forzosa ociosidad, se dedicaba á aprender las lenguas vivas que no conocía, ó á estudiar proyectos de nuevo armamento para los soldados; pero ¡cuántas veces dejaba caer poco á poco de sus manos el libro ó la pluma, y su pensamiento volaba hacia aquella Teresa, que le había engañado, y á quien no podía maldecir!

Sabia que los conciliábulos que tenian lugar en la calle del Cairo, en casa de Philopoemen, eran frecuentes. Le habian avisado que estuviese dispuesto, ya que deseaba combatir, porque el momento favorable no estaba lejano.

El coronel Bernardo Thevenot habia dado un gran impulso á la asociacion desde que fué nombrado jefe. Era de opinion de que á toda costa debia precipitarse el desenlace. Demasiada sangre corria y la Francia iba aniquilándose cada día más. Habia llegado la hora de sustituir á la dura realidad del despotismo, el ideal de la libertad.

En uno de los últimos conciliábulos y estando presente Agostino Ciampi, Bernardo Thevenot habia anunciado á los conjurados que, dentro de poco, todos los que lo escuchaban tendrian que jugarse la vida.

Ninguno, ante aquella perspectiva próxima, demostró la menor emocion.

El mismo Agostino, con una sangre fria especial y una páfida habilidad, contestó que poseyendo la asociacion lo que constituye el *nervio de la guerra*, es decir, el dinero, se podia obrar desde luego.

El objeto del marqués era saber si las letras de cambio que *Varus* Thevenot tenia en su poder se iban á presentar pronto á la casa Miguel Borde y Cazavan.

Thevenot no queria tocar á aquellos fondos sino en el momento preciso de la lucha, no siendo más que cuestion de días y de oportunidad.

—Responderemos á vuestro llamamiento—dijo Agostino afirmando la voz.

—Todos asistiremos—añadió *Harmodius*.

Y treinta voces varoniles y altivas repitieron aquella única palabra llena de resolucion y de completo sacrificio:

—¡Todos!

Habia una grandeza efectiva en aquella escena, de la que se habia eliminado la parte teatral. Allí no se veia sino á unos individuos, vestidos unos de paisano y otros de uniforme, sentados ó de pie, pero todos agrupados en torno de Bernardo Thevenot, jurando morir sin hacer un gesto y repitiéndose sencillamente en su

interior que cumplirían lo que habían prometido.

Agostino, aunque escéptico y cansado ya de semejantes escenas, no pudo menos de experimentar un estremecimiento de admiración.

—Está bien—dijo Thevenot bruscamente.—Cada uno cumplirá con su deber. Nuestro objeto es la emancipación de la patria. Uno solo entre nosotros es extranjero (Agostino levantó la cabeza), pero ese pertenece a la valiente nobleza napolitana que ha derramado su sangre por el pueblo, que se ha batido, que ha sido proscripta, desterrada, arrojada al verdugo, y que no tiene igual en la querida tierra italiana, mas que la valerosa burguesía empeñada en conquistar su libertad á costa de su vida. Este sabe además que combatir por nuestro país es luchar por el suyo, y el marqués de Olona está dispuesto á seguir hasta la muerte á los ciudadanos de Francia.

—¡Hasta la muerte!—repuso audazmente el marqués.

—Hasta pronto—dijo *Varus*.

Los filadelfos se separaron poco á poco, alejándose en pequeños grupos, diseminándose para no llamar la atención en ese populoso barrio del Cairo, donde podían circular sin ser observados.

Al día siguiente de esta reunión que hacia presentir el momeneo decisivo, Bernardo Thevenot, á quien Chambaraud habia indicado el refugio de Claudio Riviere, llamó del modo convenido á la puerta del comandante.

—¡*Varus!*—dijo Claudio Riviere reconociendo al coronel.

Y le alargó los brazos, estrechándole contra su pecho.

—Puesto que venís á verme, coronel—dijo en seguida,—es que la hora se aproxima.

—Sí,—contestó Thevenot— Pronto conseguiremos nuestro objeto, pues nunca ha estado la Francia tan preparada á tomar de nuevo posesión de sí misma como ahora.

—¿Ha sobrevenido algun grave acontecimiento?

—Ninguno—repuso el coronel—pero esta desgraciada nación se aniquila pagando con su sangre los vértigos de un déspota. Combate en todas partes, tiene á sus hijos en España y en el Danubio. La guerra, la horrorosa guerra, devora cada día lo que es la fuerza y la esperanza de este pobre país agotado. ¡En lugar de libertad, nos arrojan como un hueso que roer, la gloria! Pero esta gloria cuesta demasiado cara, verdaderamente, y por mucho que sea el valor de nuestros compañeros de armas, Riviere, preveo, si dura este reinado, una catástrofe siniestra, un hundimiento espantoso, la Europa entera arrojándose sobre este pueblo, y los coaligados vengándose, por fin, de su derrota del 92.

—El ejército es fuerte—dijo Riviere.—Nuestros aguerridos soldados valen más que los batallones improvisados de hace diez y siete años.

—Es cierto; pero, ¿qué podrán hacer contra el número? Y ese poder militar de Napoleon, ¿de qué depende? Poco ha faltado para que se hun-

diera en Essling hace cuatro meses y medio. ¡Ah! ¡pobre Francia! ¡No habíamos pagado con la sangre de nuestras venas el derecho de verte tranquila, descansar y trabajar en paz? ¡Habíamos rechazado al extranjero, estábamos en nuestra casa, fuertemente apoyados en nuestra independencia, y no pedíamos sino ser libres como éramos victoriosos! Se nos arroja á toda clase de aventuras, se nos fatiga en toda clase de conquistas; y, ya veis, Riviere, como la fortuna se cansa de seguirnos.

A pesar de Ney, á pesar de Jourdan, la Península se nos escapa. Soult ha sido arrojado de Portugal por Wellington, que marcha hacia Madrid. Lo de Talavera ha sido una derrota. La expedición de Walcheren es una advertencia terrible. Mounet, á quien Napoleon trata de cobarde y que hará condenar á muerte, ha entregado Flessingue el 13 de agosto, despues de un bombardeo de tres dias. El enemigo se muestra audaz, y nosotros nos hacemos tímidos. Hay sintomas trágicos.

Mirad, cuando Fouché, á quien Napoleon censura ahora, ha enviado á Amberes á todos los guardias nacionales, á todos los quintos, á todos los gendarmes de caballería, y ha declarado estar dispuesto á enviar hasta por la posta á los ochenta mil hombres que el reclutamiento ha producido el mes pasado, y que manda Bernadotte, me ha parecido que tenía un mal sueño. Sí, mi pobre Riviere, en aquel momento olvidaba que era solamente la Bélgica á la que amenazaban los ingleses. Una lúgubre fantasmago-

ría me hacia creer que era la Francia, nuestra Francia, á la que hemos servido y salvado la que los enemigos inundaban con sus ejércitos y aplastaban bájo los pies de sus caballos.

Los ojos sombríos de Thévenot, hundidos en sus arqueadas cejas, parecian, en aquel instante, dos carbones encendidos.

Claudio Riviere sentíase arrastrar por aquella elocuencia independiente, algo fiera é ilusoria, pero que procedía de un sentimiento profundo de exaltado patriotismo, y tenía, como Thevenot, el presentimiento de una derrota y de una invasion posibles.

Sintióse inquieto y conmovido al oír á Thévenot hablar de aquella manera. La visión siniestra de la invasión, se le aparecía en todo su horror. Era preciso el sentimiento absoluto del peligro que corria la nación, para que hombres tan severos en la disciplina como lo eran el coronel Oudet, Bernardo Thévenot y Riviere, hubiesen entrado en una conjuración. Esclavos del deber, se arrojaban exponiendo la vida en semejante aventura, porque creían firmemente que el deber supremo era asegurar la libertad de la Francia.

Thévenot, despues de haber explicado al comandante, el por qué ya no tendría que esperar mucho tiempo, le habló de los recursos de que disponía la asociación secreta. Los Filadelfos no eran ricos, pero tenían lo suficiente para comprar armas y eso bastaba.

—Además—añadió *Varus*—nuestra verdadera fuerza está en la corriente de la opinión pública.

Seríamos fatalmente derrotados si no representásemos más que á nosotros mismos. Lo que nos asegura tarde ó temprano la victoria, es la necesidad de las cosas, la imposibilidad de que la opresión pueda aclimatarse en nuestro país. Vencidos hoy, tendremos imitadores mañana; esos ó sus sucesores emanciparán al país, y nuestros huesos se estremecerán de gozo en la fosa en que nos hayan arrojado.

También se trató entre aquellos dos hombres de las letras de cambio contra la casa Miguel Bordo y Cazavau, que constituían una gran parte de los fondos de reserva que tenía la asociación. Riviere, en su calidad de ex-cajero, quería dar á Thévenet algunas instrucciones sobre el método que había que emplear para centralizar la cotización y poner la caja social al abrigo de la policía. Aquel era el lado práctico de una entrevista, que momentos antes había tenido su grandeza.

El coronel se separó de Claudio repitiéndole que el momento de la acción estaba próximo. Lo que Malet debía intentar más tarde, durante la campaña de Rusia, *Varus* quería que se ejecutase durante la campaña de Austria. Al abandonar á Schoenbrunn, Napoleón no debía poder volver á Francia.

—Pero su ejército victorioso sofocará la insurrección.

—El ejército del Danubio no hará fuego contra sus compañeros de armas—repuso Thévenot.—Y además, si morimos, ¡qué importa! será por la causa de la libertad.

—¡Ojalá sea mañana, coronel!—dijo Claudio Riviere con su voz grave y profunda.

Y dichas estas palabras, se separaron.

Claudio parecía olvidarlo todo por aquel hermoso sueño: la emancipación de su país. Se consolaba de Teresa con aquella varonil quimera. Tenía, tan frío y mesurado como era de costumbre, una ardiente impaciencia por la realización de los proyectos los Filadelfos. Se hubiese creído, al oírle hablar, que no pensaba más que en la diosa de mármol á quien sacrificaba su vida; pero, en el fondo, seguía amando á Teresa, y la herida aún no cicatrizada de su amor, le recordaba siempre aquel sueño desvanecido. Sin embargo, jamás asomaba á sus labios el nombre de aquella desgraciada mujer.

El viejo Juan Riviere, que ocultamente iba á visitar á su hijo, nunca dejaba escapar alusión alguna relativa á Teresa, pero tenía grandes deseos de hacer á Claudio observaciones sobre aquella «condenada política» que, demasiado lo comprendía el antiguo mercader de paños, continuaba absorbiendo al comandante.

—¿En qué piensas?—le preguntaba algunas veces con timidez y con su tono angustioso.—¡Estás tan pensativo!...

—¿Yo? No pienso en nada.

Juan Riviere movió la cabeza.

—Ella te ha jugado, sin embargo, bastantes malas partidas—dijo.

Y como la repentina emoción de su hijo no se le escapase, el viejo se apresuró á añadir, para separar de Teresa las reflexiones de Claudio;